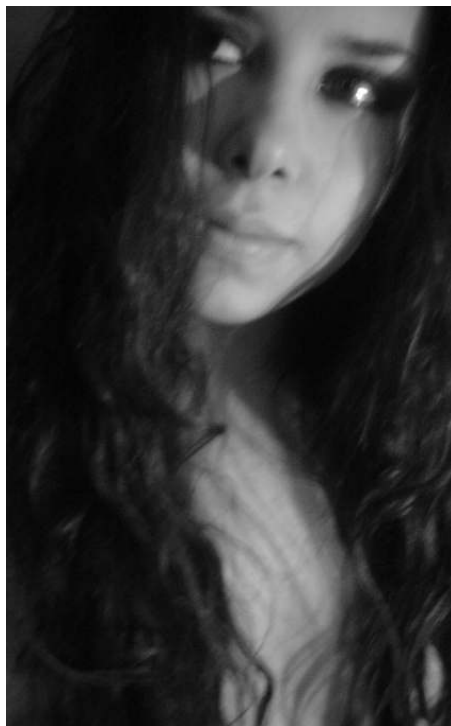




## Apología de los puntos cardinales

---

Adelaida Caballero



Fotografía: Bren Mascorro ©2006

**Adelaida Caballero** nació en Monterrey, N.L. México, el 30 de abril de 1986. A los trece años publicó por primera vez y de manera formal una plaquette intitulada *Cuervos en mi ventana* (UANL, 2000). Los ejemplares físicos de esta edición se tienen por libros raros e inconseguibles. En 2002 Adelaida representó al estado de Nuevo León en la Residencia Oficial de Los Pinos y en los años que siguieron se hizo acreedora de múltiples reconocimientos.

Ha publicado en diversas revistas y medios electrónicos (*Oficio, Rayuela, Letras Regias, Club de Brian y Vida Universitaria*, entre otras). En junio de 2006 fue invitada a participar en el Encuentro Hispanoamericano de Escritores “Horas de Junio”: un tributo a José Emilio Pacheco. Vivió en la Ciudad de México durante algunos meses dedicada por completo a la creación literaria y al estudio de la lengua sueca.

Apadrinada por José Kozar, Indran Amirthanayagam y Erik Danielsson (voz de la banda sueca de black metal, *Watain*), en junio de 2007 publicó su segundo poemario titulado *Cuando los demonios cantan* y pocas semanas después viajó por primera vez a Suecia y Dinamarca para llevar a cabo algunas lecturas, presentaciones y trabajar en conjunto con destacados músicos, entre ellos Björn Strid (*Soilwork*) y Martin Rosendahl (*Corpus Mortale, ex-Iniquity*). En agosto del mismo año obtuvo el Primer lugar de Poesía en el XVII Certamen de Literatura Joven Universitaria organizado por la UANL con el poema largo intitulado *Apología de los puntos cardinales*.

Abandonó la Licenciatura en Letras Hispánicas que cursaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León para autoexiliarse una vez más, ahora de manera definitiva, en Göteborg, Suecia, donde reside desde diciembre de 2007, dedicada por completo a la creación poética.

Además llevar a cabo la corrección, actualización y reedición de *Cuervos en mi ventana*, trabaja en tres poemarios nuevos: *Fecundo como la luz* (que reúne poemas escritos entre 2003 y 2006), *La mecánica del fuego* (cuaderno sobre la línea de la estética cuántica) y otro aún sin título, cuya propuesta es exponer a través de imágenes sensibles, desde una perspectiva lírica más urbana, los aspectos e interrogantes de la universalidad en el poema que han conformado por siglos la naturaleza de los clásicos.

Curiosa insaciable, en 2006 escribió un ensayo corto titulado *La mitificación del objeto semiológico*, cuyos referentes directos fueron algunos textos germano-escandinavos y donde plantea la existencia de lo que denomina *conciencias colectivas* y *redes de significación inherentes a la naturaleza humana*. Defensora apasionada de los sistemas mitológicos como proyecciones puras del inconciente colectivo, propuso a la docencia el desarrollo de este trabajo como pregunta de tesis. Sin embargo, frustrada por la respuesta nula por parte de las autoridades académicas, la falta de textos referenciales especializados y peor aún, la absoluta carencia de las fuentes primarias, abandonó el proyecto. En enero de 2008 se propuso llevar de las traducciones suecas al español los textos completos de las *Odas* y las *Sagas* de Snorri Sturlsson y la *Gesta Danorum* de Saxo Gramático, actividad a la que se dedica en sus ratos libres.

Actualmente reside en la ciudad costera de Göteborg, al sur de Suecia.

# Apología de los puntos cardinales

I

Antes de que los peces hurgaran en las costas  
con la memoria deshecha, el gesto sobrecogido  
y los páramos secaran sus primeros muertos,

[antes de nosotros, inclusive,  
cuando no teníamos nombre]

cuando el Cosmos se extendió, negro mantel,  
por los 3.1416 lados de la mesa<sup>1</sup>  
y en la tierra fragmentada como pan se hizo la noche  
los amantes ya se acariciaban.

No se fue la luz, pero como un pájaro dormido  
abrió un silencio gris en el estruendo  
y se apagó una vela, el cuarto en luto.

Nos gustaba el aire.

---

<sup>1</sup> Todo era perfecto y redondeado,  
un clamor de génesis perpetuas  
las percusiones del Pi.

Abrimos cada uno de los párpados

y suave era el azul como una niña

y era la lluvia como un traje verde.

Éramos los clavos en la cruz,

eso cuanto había entre océanos,

hielos, montes, oros, aguas, piedras,

cuarzos como ofrendas e incensarios.

Uno en uno, transfigurados siglos

configuraron el tiempo, lo vistieron de navío

y decidieron de pronto que debía izarse al mar.

Nuestras piernas, ángulos, compases,

estaban entreabiertas. Las aristas de la infinitud.

Quirón hizo otra vez a cabalgatas

las líneas todas de las latitudes,

sendas espirálides que mojan

hondas y calladas procesiones.

Hablaron Hunahpú e Ixbalanqué

Amo, amas, amare, amavi, amatum —una hoz de pájaros celestes

cortaba las esquinas de los cielos y la tierra.

Astrónomos que flechan las planicies de este Oeste,

la oliva del olvido era su oliva,

el canto de los cántaros su canto,  
la almendra de la alondra era su almendra.

Y así fueron pobladas de sudor las catedrales.

II

Nosotros alargamos nuestros brazos  
y bajo la sombra endurecida de una roca,  
preguntamos ¿quiénes somos?  
y brincó del suelo la primera violeta  
y el primero de los hombres besó la planta izquierda  
de la primera mujer.

Un fruto conmovido de ser fuego  
bajó desde las ramas laminadas de un durazno  
y se amarró la boca para no gritar, hueso desnudo  
lo que bajo tierra se confiesan las serpientes  
cuando convertidas en despojo de los santos  
vienen a hablar de negros querubines.

[Y la piel terrestre, enredadera,  
en su esférica tumba, guardaba como un lienzo  
al mentiroso barro.]

Escucha los dictados de la noche  
con sus orquestas azules, melodías cósmicas  
y oscuros telones.

Como un veneno cálido que morderá gustoso  
la pulpa mineral, el estallido inoculado del espasmo,  
un aquelarre acrobático en el que los nombres  
son torsos desvestidos olorosos a sulfuro,  
escucha los dictados de la noche.

Fuimos candelabro a luna nueva  
y desde el cuarto equinoccial de las mitades  
abrimos sobremesa y ataúdes,  
círculos perfectos, infinito

y eran cuatro en uno los ombligos  
y ocho en dos los ángulos obtusos de la boca.<sup>2</sup>

En el altiplano del cenit el capricornio  
brota de la azul iridiscencia.

Corrimos por los crótalos abiertos

---

<sup>2</sup> Uno solo fue, como algún mástil  
erguido sobre el cero antes del dos, o bien:  
cuando éramos guarismo indivisible.

$$\frac{\left(\frac{4}{4} \cdot 1\right) \left(\frac{8}{8} \cdot 2\right)}{\left(\frac{8}{8} \cdot 2\right) \left(\frac{4}{4} \cdot 1\right)} = \frac{(1) (2)}{(2) (1)} = \frac{2}{2} = 1$$

en el mediodía, turquesas,  
cámaras nupciales, acueductos,  
caracoles desnudando las marinas letanías  
y las inscripciones en los muros agrietados.  
Los arquitectos arcanos escribieron nuestro nombre  
en los pliegos amorosos de los mapas estelares:  
con su voz bestial multiplicaron los rincones  
bajo una corona de frutas  
y desempolvados tambores  
los ídolos fundados en la arcilla.

III

Llegaron en tropel diseminado  
por las siete escuadras de la geometría inmensa  
lámparas astrales de sustrato polietílico,  
vírgulas y giros de saliva incandescente  
con que la palabra prendió vida al filamento.  
Sus manos eran péndulos oblicuos a las fosas  
en que como hormigas olvidadas  
mueren los planetas o peor aún, más fuerte:  
desde el movimiento oscilatorio de los mundos  
cae sobre los pechos la obsidiana,  
armas y legiones se deshojan,



dormidero de las rotaciones.

Todo lo demás fue pausa, nube, entierro,  
silencio desgranado de carmín sobre los labios  
del embarcadero.

IV

Fue así como los llantos perforaron  
la longitud radial de los crepúsculos,  
una mano lóbrega cayó de los umbrales  
y nos asió los brazos, los deshizo:  
—Cuatro veces cuatro extremidades extendidas  
cuidarán del polvo y de los pasos ulteriores  
los sagrados puentes levantados.

[De nosotros, vértebras boreales  
nace la sustancia con que están hechos los ritmos.]

Esas danzas nuevas en penumbra  
eran como estrellas  
sobre nuestros hombros cardinales.

—Los puntos más distantes fueron siempre  
como dos espaldas que se tocan.

Esto y otras cosas nos cantaban  
la fisonomía del volcán y del aullido.

V

Del diván amorfo de los sueños despertaron  
ciegas mariposas, danzas circulares  
que en el vuelo curvo de las fórmulas primarias  
aman a la luz aunque no ven  
y llevan en el cuerpo como un beso  
la infertilidad de los augurios constelados.

Desde las arenas fugitivas  
hasta las cavernas de los roncós arrecifes  
se escuchó el estruendo de sus alas acerosas  
y no hubo en este orden organismo que no huyera  
del primer presagio de esas abominaciones.

[La mariposa, plomo y arenisca  
aleteó en la habitación oscura  
y sacudió las velas encendidas.]

Se miró a sus iris transparentes  
y se encontró desnudo entre fractales.

Para ese golpe atroz de los segundos  
muertos bajo el vuelo de sus triangulares sombras  
fue materia mística la nada

y era el movimiento de las formas equilibrio  
y la voz el signo humedecido de la lengua.

Avanzó brutal, corriente arriba.

Era él la noche sin estrellas, la cerrazón profunda  
en que las bestias excretan vahos negros,  
muerden cuellos rotos, cadáveres ensangrentados,  
marcas ancestrales que le cantan  
la absoluta muerte del destino  
y fue su voz el soplo destrozado de los bosques  
por los seiscientos sesenta y seis rostros del fuego.

Para callar el hambre de su dios fue necesaria  
una herida honda, sangre espesa:  
con el filo blanco de su carne ultramarina  
penetró los muros resguardados de los templos,  
multiplicó los cuantos y las bóvedas celestes,  
se arrastró en el vértigo y las ondas,  
hizo con las manos estructuras naturales,

dio la oscilación a las mareas,  
calentó en su pelvis las primeras vibraciones,  
y trazó con eses las caderas de la elipsis.

Era tan exacto en lo más alto de la hipérbola,  
que hasta en su nombre llevaba la universal simetría.

VI

A la caída de la sexta puerta,  
sobre la falda irregular de las ciudades  
se esparció el adiós como un desgarre silencioso,  
sal entre los muslos de la mujer del trueno.  
Del resplandor agudo que preñaba la recámara  
cuando los amantes frente a pecho se contaron  
cómo nació el orbe subterráneo de sus venas  
caminó el ciclópeo retumbar de los balcones,  
con su golpe húmedo sobresaltó los pisos,  
e hizo al frío enraizarse en la columna de los árboles.

Medio cuerpo en uno retorcido,  
el embravecido serpenteo del huracán  
un girón de lunas en la oscuridad espesa.

Ella lo bendijo para siempre.

Ronco entregemir el monstruo alado,  
pozo palpitante el halo gris de sus pupilas.

Afuera dormitaba la tormenta.

Tierra y vendaval  
abiertos en fragmento duplicado  
se diseminaron como polen,  
agua sobre el filo de la cama,  
plata pedernal en lo nocturno  
y todos nuestros vientres eran cuatro  
por el ojo austral del Universo.

Partículas de piano, los amantes,  
dolieron como un eco desmembrado  
en la blanca oreja de la muerte.

VII

Los rincones vieron a los pasos prolongarse  
por el empedrado epitelial de los andenes  
y era en el final como al principio:  
luego de la danza impostergable del deceso

se sobrevino la música,  
un caer de ropas y de pieles  
sobre nuestro cuerpo cuadrilátero  
y amaneció el adiós, su miserable calma  
rojos cuchillos sobre el planisferio.  
Era en lo más bajo del crepúsculo, las voces  
se ensancharon hasta el fin del mundo  
  
y rodó en la boca alguna rota despedida  
y se apagó el sistema endurecido de los besos.

Lejos de ellos mismos se encontraron  
en las antípodas viejas.  
Se bifurcó su confundida sombra  
y se apartaron sin reconocerse.  
El monstruo vaga por nosotros, desterrado.  
La hembra busca la penetración del fuego.  
Pero en la perfecta eufonía de lo que existe,  
paradoja física, en la esfera  
cuanto más al Sur se llega al Norte,  
la mano izquierda del Este toca la mano derecha de Oeste  
y así, como más distantes más cercanos.  
Nosotros, tetracéfalo horroroso,

tallamos cicatrices para encontrar lo perdido  
y que entonces,  
cuando la canción de los demonios se detenga,  
cuando interrumpido en el oleaje  
el barco oscuro de las horas se desplome,  
los soles mueran,  
nuestras cansadas espaldas no sostengan la distancia,  
esa curva negra de nombrar lo que está ausente,

de los abisales emerja el vacío,  
reinos esculpidos en silencio  
y sean creados ritmos nuevos,  
otras lenguas estelares.

Pero desde el fondo del desorden,  
graves como antiguas procesiones, ellos  
se tomarán las manos claroscuras,  
se lavarán los cuerpos  
y se harán la luz hasta mojarse.

[Ya en la habitación ensombrecida  
alguien ha despertado, de repente.]